

De actualidad



Sobre eso de Las Hurdes

Pues que las Hurdes están de moda, volvamos a hablar de las Hurdes. Volvamos, porque hace unos años, después de haberlas recorrido durante seis días, contamos al público las impresiones de nuestra visita. Que figuran, ya coleccionadas, en nuestro último libro: "Andanzas y visiones españolas". (Y sirva esto de anuncio o reclamo de él, porque si uno no lo hace...) Después, hemos estado más de una vez a su entrada, en las Bañuecas; hemos visto hurdanos.

Quien una vez vió aquello, sobre todo el barranco central, el que va del Gasco a Nuñomoral, pasando por Fragosa, nunca más podrá desdolerse de ello. ¡Qué tarde aquella en que después de habernos bañado en el clarísimo río, entre peñascos—lo que allí falta es tierra—, al pie de Fragosa nos rodearon los misérrimos fragosanos al husmo de las escurrajadas de nuestra merienda, pero también para preguntarnos por el mundo! Y eso que hay quienes salen a él.

Porque se encuentran, en efecto, aparte de los que han ido a segar a Castilla o a Extremadura, los que estuvieron en el Canal de Panamá, en el Brasil, en Jamaica alguno... Una tarde, al entrar en el Cabezo—en el barranco superior y septentrional—, como unas mujercas empezaran a aquejumbarse con lo de "por qué tierra vienen ustedes!...; esto es lo peor del mundo..."; un mocetón arguyó ácremente: "He, ya estoy hartado de oír eso... He recorrido mundo y he visto tierras peores que ésta!" "¿Habitadas?", le preguntamos, y él: "¡No, porque no las cultivan!" Y aquí está el toque, en que en otros países nadie tiene que ir a cultivar peñascos de esa catadura.

Alguien ha sostenido que el llamado problema de las Hurdes no tiene otra solución que despoblarlas, dándoles a sus actuales cultivadores tierra—no pedregales escuetos—en otra parte. Pero habría que dársela en propiedad y no en colonia. ¿Y por qué a otros no?

Lo que retiene a los hurdanos en sus fragosidades es el instinto de la

propiedad. Aquellos huertos trágicos los han hecho ellos; aquella solemne pobreza es obra suya. Es la majestad de la indigencia. ¡Y luego aquella soledad!

Sí, se ha hablado mucho del problema de las Hurdes. En Plasencia se celebró un Congreso hurdanófilo, a que concurrió D. Segismundo Moret, que no conocía las Hurdes, y en la avenida de su elocuencia, como no llevaba él a las palabras, sino que el ritmo y la cadencia de éstas le llevaban a él, habló del aislamiento en que vivían los pobres hurdanos, y pidió que se les pusiera... ¡teléfono! Y se les puso. ¿Para qué? Sin duda para que se les avisase cuando había de pasar la pareja de Carabineros a arrancarles las matas del tabaco que cultivan para fumárselo y distraer así su soledad.

¿Problema de las Hurdes? No es más que el problema general del reparto de la propiedad en España. El hurdano prefiere pensar libre en la majestad de su indigencia o vivir del botín de la limosna; a tener que ser jornalero durmiendo sobre suelo de un amo. Y cuando oímos hablar de ese problema, recordamos aquella estrofa del "Martín Fierro" argentino: "De los males que sufrimos,—hablan mucho los puebleros;—pero hacen como los teros—para ocultar sus niditos,—que en un lao pegan los gritos—y en otro tienen los güevos."

En nuestras correrías por recovecos y rinconadas de España—de algunas de las cuales hablamos, lector, en nuestro susomestado último libro—, hemos cruzado poblados que no son mucho mejores que los de las Hurdes. ¡Hay cada arrabal de ciudad...!

Sí, en las Hurdes hay el bocio, y con el bocio, el cretinismo; pero en toda España se está envenenando a la mocedad, a nuestros hijos, con algo peor que el bocio, a ciencia y paciencia de las autoridades. Pero es que la Policía tiene que vigilar a "sospechosos y peligrosos"... Y luego, si un padre, herido en lo más delicado de su corazón, lanza por ello su queja, se le procesa por injurias a

una clase del Estado (!!!). Que así las gastan nuestra Policía y nuestra fiscalía del Reino.

Llevamos en el fondo del alma, en la retina espiritual, la visión de una de aquellas chozas, de un cuechitril, en La Segur; pero guardamos también el recuerdo de aquel aire de libertad que se respiraba en las cumbres que separan a los barrancos hurdanos y de aquella majestad de la indigencia laboriosa. ¡Y no ven al amo! ¡Ni el polvo que levanta el automóvil del señorito latifundario les ciega los ojos! No les insulta la ostentación del lujo ajeno. Acaso sean, en el fondo, unos anacoretas... Peor, mucho peor la plebe arrabalera de ciertas ciudades y villas.

¿El problema de las Hurdes? No hay que pegar en un lado los gritos y tener en otro los huevos. El problema es el de la renta y la colonia y la ganancia; es el problema de la tierra. Por no ser siervos de la gleba, agonizan los hurdanos sobre un berrocal.

MIQUEL DE UNAMUNO

